

día y no te salvaría de la pena correccional. ¿Has comprendido, verdad? Pues no hablemos más; perdona que te haya molestado tanto tiempo. Ahora puedes, si te conviene, marcharte á tu cuarto, porque nada más tenemos que decirte.

XVII.

Obedeciendo á un gesto del marqués de Arnage, la señora de Fontenay había seguido á Rachel á su cuarto. Á los pocos momentos entró, diciendo:

—El pájaro está en el nido, es decir, en la cama. He temido que se le antojara volar por aquí, y sorprender en el revoloteo lo que no le importa saber. De modo que he echado la llave á la jaula.

—Tanto mejor hecho, cuanto que deseo que hablemos formalmente. Es preciso que examinemos nuestras respectivas posiciones, como he examinado la de Raquel relativamente á nosotros.

—¿Para qué? (observó Montbarán.) ¿No las conocemos ya?

—Acaso; pero conviene que no se nos escapen ciertos detalles esenciales para el desarrollo de la acción en nuestro drama.

—¡Nuestro drama, nuestro drama! ¿Cuándo vais á renunciar á valeros de esas frases?

—Nunca, amigo mío; soy fiel á mis costumbres. Hace veinte años que una noche, á las tres de la madrugada, como ahora, en uno de los salones del Café Inglés, os presenté al señor de Beuvret y á vos cierto plan, bajo la forma de argumento de una obra dramática que debíamos escribir en colaboración. Esto permitía que si uno de mis oyentes se indignaba al comprender mi verdadero pensamiento, protestara yo, y le hiciese presente que no se trataba más que de un drama. Ahora mismo, querido Montbarán, podría afirmar que sólo desenvolví á vuestros ojos el argumento de un melodrama ó de un drama de los apodados judiciales, y que juzgasteis ambos que era mejor vivir el drama que escribirlo, y representarlo que hacerlo representar.

—Olvidáis (repuso Montbarán) que procurasteis el vestuario de la obra, toda vez que fuisteis al Temple para adquirir la maleta, y comprar las ropas que debía usar Beuvret, ó, mejor dicho, Antonio Guiraud.

—¡Bah! Eso es un detalle insignificante, una complicidad muy discutible y acaso imaginada por vos, para descargar un tanto la conciencia.

—De estar tan tranquilo, no hubieseis aceptado la asociación que luego os propuse.

—Perdonad.... Lo hice, la acepté, porque me

pareció provechosa. En resumidas cuentas no era más que mi plan, una idea exclusivamente mía, que vos os encargabais de pedirme que pusiera en práctica. Estaba aquella idea definida en tres palabras, en el título ó razón social que pretendía yo darle: *Las corbatas blancas*, ¡las corbatas blancas!; es decir, los hombres de buena sociedad asociados para poner en hechos las ideas, llenar un fin, y no admitir entre ellos sino á personas de su altura social, trabajando por sí y para sí....: encargarse de representar un papel, que, como está dentro de sus costumbres, lo desempeñan con soltura, porque lo han estudiado á conciencia, cosa en que no puede reemplazarle ningún otro actor que no estuviese á la altura del papel. Claro es, que *actores* de esta especie no se comprometen nunca con los inferiores, que pudieran, por envidia, hacerles traición tarde ó temprano, no por la voluntad, sino porque lo bajo de su condición haría despertar sospechas en la autoridad. Los agentes de ésta, por buenos que sean, cuando se trata de perseguir á un criminal, corren que se las pelan por las calles y plazas, concurren á los cafés, á los espectáculos, á las casas de pupilos, á todos los escondrijos del vicio, pero jamás les viene á las mientes la idea de subir á los grandes salones, á los casinos ni á otros sitios tales, donde acaso pudieran tropezar con el

delincuente. No ignora la policía que, á ser más rica, á no estar perpetuamente reduciéndose su presupuesto, podría crear otra clase de inspectores, compuesta de hombres aptos, de distinguidos modales, reclutados con suma facilidad entre los arruinados por su gusto y los tronados de todas clases.... Mientras la policía establece este nuevo servicio, que no será muy pronto, *las corbatas blancas*, como nosotros, en tanto que la usemos sin una mancha que perjudique á su blancura, no corremos ningún peligro.

Prudencia de Fontenay, como todos los que hablan mucho y gozan hablando, no podía escuchar mucho tiempo seguido. Toda oración larga la aburría, por la especie de competencia que resultaba á su afición. Por esto tomó la palabra de este modo:

—Está bien, Marqués; pero creo que habéis anunciado que.... Podéis serviros exponerlo.

—Quería (dijo el Marqués) hacer un resumen de nuestra vida y de los hechos que se han sucedido desde que nos conocemos, al modo que el que escribe una novela recuerda á veces los hechos anteriores para que el lector comprenda mejor los que han de sobrevenir. Os ruego, Montarán, que perdonéis esta nueva comparación, y paso á considerar lo ocurrido en los días inmediatamente subsiguientes á la muerte de la señora viuda Le Forestier.

—¿Y por qué hablar de aquello?—dijo la Fontenay.

—Para acabar hablando de vos, querida (repuso el Marqués), que es un delicioso asunto de conversación. Erais por entonces vendedora de abanicos, establecida en la Chaussée-d'Antin, y en cierta trastienda, elegantemente puesta, recibíais, por capricho de entretener el tiempo, á vuestros numerosos amigos, entre los cuales se contaba Montbarán. Una señorita de aquellas se dejó escapar ciertas frases, y un día el Jefe de seguridad del distrito se presentó en vuestra casa, y descubrió el misterioso asilo, que no tenía nada de lo reglamentario. En consecuencia de aquellas cosas, os visteis obligada, á cambio de la discreción del funcionario, á prometerle una eficaz ayuda para encontrar al que habíais tenido la imprudencia de apodar el Caballero de los ojos de gato.

—¡Dios mío, cuánto tiempo hace de eso!—dijo la señora de Fontenay.

—Recuerdos de la juventud que creo agradeceréis os traiga á la memoria. Al cabo de algunos días de pesquisas, hallásteis á vuestro amigo en los Campos Elíseos. Iba en un soberbio carruaje, con un gabán de pieles y con un buen tabaco en la boca. Yo le había aconsejado que no alterara en nada sus costumbres, persuadido como estaba de que era el único medio de evitar

sospechas.... No podía adivinar yo que visitaba abaniqueras, que éstas habían sorprendido en la obscuridad el brillo de sus miradas, que esa misma circunstancia había sido observada y señalada á la justicia por el hijo de la víctima, y que andaba buscando, no al señor de Montbarán, cuyo nombre continúa siéndole desconocido, sino al individuo de los malos ojos, como decía el niño.... Algún tiempo después fué cuando los periódicos, siempre indiscretos, dieron todos los detalles. Yo los ignoraba todavía.

—Nosotros los supimos mucho tiempo después, y....

—Permitidme; llegaré hasta el fin, si me lo permitís. Vos estabais en carruaje, bella señora, cuando os cruzasteis con ese querido amigo. Disteis inmediatamente á vuestro cochero la orden de regresar y seguir á un cupé que le indicasteis. El cochero obedeció; Montbarán entró en su casa sin desconfianza. Vos sabíais de antemano sus señas y su verdadero nombre, el cual os había ocultado cuando se lo pedisteis.

—¡Oh! No me gusta andar con tantos rodeos (dijo con cierta impaciencia la señora de Fontenay). Ernesto me gustó, le encontré original...., ¿cómo diré?...., voluptuosa.... su mirada...., que asustaba á las demás; por lo tanto, me decidí á aceptar su trato.

—Muy bien, querida; porque él estaría segu-

ramente muy comprometido, si vos hubieseis hablado. Se le presentó al niño, para que lo reconociera, y yo creo firmemente que Beuvret y yo, no obstante todas nuestras precauciones, hubiéramos corrido sin duda gran peligro.... Por parte de Beuvret, que se ha portado mal, me es indiferente; pero por lo que á mí corresponde, os lo agradezco.

La señora de Fontenay se inclinó.

—Entre tanto, mi querida amiga, y una vez pagada esta deuda de gratitud, permitidme os diga que vuestro silencio no ha sido enteramente desinteresado. Vos comprendisteis que erais poseedora de un secreto de verdadera importancia, que no se trataba de encontrar á un criminal vulgar, sino á un criminal á la alta escuela. Por aquellos días se habló mucho del suceso del boulevard Haussmann. Vos os dijisteis tal vez: mi hombre está mezclado en el asunto. Y con una extraordinaria habilidad, no prometiendo ser discreta sino á cambio de una franqueza absoluta, obtuvisteis á la larga una confesión terminante.

—Y bien; ¿no me la he reservado?—preguntó la señora de Fontenay.

—Sí, y la habéis aprovechado también.

—¿Cómo?

—De todas maneras. Montbarán es vuestro esclavo desde hace veinte años. Aquel enamo-

rado impenitente, que andaba siempre en pos de mujeres nuevas, se contenta ahora con una sola.

—Supongo que no ha perdido nada en ello.

—En algún tiempo sí; pero ahora, francamente, querida,—dijo mirándola cara á cara....

—¡Qué! ¿vais á insultarme?

—No por cierto; lo único que me propongo es aconsejaros que deis un poco de libertad á vuestro esclavo, porque podría si no rebelarse, y nuestra asociación quedaría deshecha.

—¿La encontraréis muy buena, según eso?

—¿Pues y vos, que de abaniquera os veis convertida en la señora de Fontenay, mujer que tiene grandes trenes, lujosos trajes, un salón concurridísimo y la satisfacción de todos sus caprichos?... Á nosotros nos debéis todo eso, amiga mía; ó, mejor dicho, á mí, que después de haber perdido al juego mis seiscientos mil francos de participación en el negocio, procuré enriquecerme y enriqueceros por caminos menos peligrosos que el que primeramente seguimos. Verdad es que la idea me la disteis vos; pero yo la acepté, convirtiendo á *las corbatas blancas* en timadores por todo lo alto.

XVIII.

Entre tanto que el Marqués de Arnage hablaba, la señora de Fontenay no quería interrumpirle ni hacerle advertencia alguna, no obstante extenderse demasiado al relatar lo pasado. ¡El pasado! ¿Á qué volver sobre él? Lo hecho, hecho estaba.... El día en que el legislador creyó deber introducir en el Código la prescripción en materia criminal, aseguró la impunidad de ciertos malhechores, y hasta disminuyó sus remordimientos. Ellos, en cambio, se habían dicho: si la justicia renuncia á juzgarnos, se muestra indulgente con nosotros, y no piensa ya en nuestro crimen, nosotros no debemos pensar tampoco; alejémosle para siempre de nuestro pensamiento, como lo hace la justicia; desinteresémonos como ella se desinteresa; gocemos las dulzuras de la prescripción moral, como gozamos las ventajas de la prescripción legal.... Pero no era del crimen pasado y olvidado tanto tiempo ha del que hablaba el marqués de Arnage. Refería á sus cómplices crímenes ó delitos que su imaginación extraviada, corrompida, pero fecunda todavía, había concebido y ejecutado en los últimos

años. Gracias á sus invenciones, todos habían disfrutado los goces de una vida de libertinaje y de lujo. Tratábase ahora de hacer continuar estos goces, llevando á término las concepciones nuevas que escuchaban.

—¿La asociación (preguntó) que fundamos bajo el título *Las corbatas blancas*, con el fin de explotar los errores, las faltas ó los crímenes de nuestros semejantes, prospera? ¿Tiene porvenir? ¿Nos da por ahora rendimientos? He aquí lo que debemos examinar; pero como Director de la sociedad, quiero desde el principio decir su origen y su historia. Figuraos que sois accionistas del consejo de vigilancia, y escuchadme.

—Por mi parte, no perderé una palabra de cuanto digáis.

—Pues yo (añadió Montbarán), os escucho religiosamente, como siempre.

—La principal idea de nuestra asociación (continuó diciendo el Marqués) se funda, como ya he dicho, en *cantar claro*. ¿Qué es *cantar claro*? Obtener aquello que deseamos, ya sea dinero, favor ó cualquiera otro servicio, valiéndose para ello de la amenaza de revelar algún hecho escandaloso. El Código no ha previsto este hecho, ó, por lo menos, no lo ha definido de un modo preciso, y con frecuencia se escapa á la acción de la ley. Por lo tanto, y por ahora, se puede poner en práctica sin temor de ningún

género; tal vez con el tiempo será objeto de alguna ley que acabará por reprimirlo. Cuando dicha ley se promulgue, nuestra sociedad debe disolverse; pero, por fortuna, todavía no ha llegado ese caso.

—¡Oh, no!—dijo la señora de Fontenay, sin duda para atestiguar que escuchaba con atención.

El Director de la sociedad *Las corbatas blancas*, continuó en estos términos:

—¿Sobre quién debe ejercitarse más eficazmente la acción de *cantar claro*? ¿Sobre la clase media? No, porque apenas se sacaría para vivir. Por otra parte, esa clase no tiene más que algo de miedo al escándalo. Además, los estatutos de nuestra sociedad, de los cuales soy fiel guardador, nos prohíben comprometernos con gentes de poco.... No debemos pensar más que en el gran mundo, en lo mejor. ¡El gran mundo! Sea; estudiémosle, escudriñémosle. Por una parte, hombres de honor, mujeres virtuosas.... Nada, nada con estas gentes. Por otro lado, hombres un poco comprometidos, mujeres en las que la virtud no es más que á medias, pero á las que se tolera, sin embargo, unas veces por su fortuna, otras por su nombre, muchas por costumbre, y más que nada por el temor que inspiran.... Nada tenemos que ver con éstos. Como no tienen gran cosa que perder y son muy hábi-

les, no suelen dejarse intimidar. Quédannos todavía aquellos que pasando por verdaderamente honrados, no lo son, y las mujeres cuya reputación no ha sido nunca atacada, y que carecen de ella sin embargo.

—Y que son, en verdad, numerosos,—dijo la señora de Fontenay.

El marqués de Arnage no hizo caso de la observación, y continuó diciendo:

—Nuestra sociedad se ha impuesto la misión de quitar la máscara á estos hombres honrados y á esas mujeres virtuosas. Misión delicada y con frecuencia peligrosa de cumplir. En lugar de cantar, se torna á veces en perjuicio de los mismos cantores. Hasta ahora nada de esto nos ha sucedido. Mi relación no señala ningún accidente desgraciado....: en cambio hemos obtenido muchos éxitos felices.... Ese gran señor extranjero que todo París conoce, saluda y respeta, nosotros lo hemos desenmascarado, conocemos sus costumbres impenetrables, y aunque cambiase de pronto, nos pagaría su rescate. Este otro, francés, un parisién al que podíamos perder si divulgásemos sus vicios, que oculta con tanto cuidado y que sólo nosotros hemos descubierto. Nosotros nos callamos, y él desembolsa su dinero. El otro, un hombre serio, bastante bien considerado, de posición elevada, casado, padre de familia, tiene tres casas distintas. En cada una

de ellas se le cree soltero, y se le conoce bajo un nombre distinto. Mientras que él no se olvide de nuestras rentas, su vida por partida cuádruple no será turbada, y su reputación de buen marido y de perfecto amante seguirá intacta. Este último ha entrampado en el juego. Sorprendido *in fraganti* delito, amenazado de ser denunciado inmediatamente, perdió la cabeza, y se decidió á hacer confesiones por escrito...., y estas confesiones le cuestan caras. He aquí, si no me equivoco, los mejores tributarios que en estos momentos tiene nuestra sociedad. Decidme si olvido alguno.

—Ninguno,—dijo sencillamente Montbarán, con el tono de un accionista que adiciona sus dividendos.

—Tenemos también las mujeres,—añadió la señora de Fontenay.

—Entendido (replicó de Arnage); ya llegaremos; este es el mejor capital de la sociedad. Primera: linda rubia, los ojos azules elevados al cielo, una cabeza de ángel, sonrisa divina. Su marido cree en ella como los españoles en la Virgen. Él es un joven encantador, elegante, distinguido, y ella le engaña con un *book maker*, ordinario en sus modales y en su lenguaje, y que no tiene nada de joven. Hemos penetrado en el misterio; pero nuestra discreción es completa...., y ella pone precio. Pasemos á otras. La señora A, la baronesa B, la deliciosa señorita D...., sor-

prendida por nosotros en una bonita casa de la calle de la Arcada la víspera de un matrimonio que debía darle una fortuna considerable. No se ha casado, ni mucho menos; pero nosotros no hubiéramos querido causarle ningún perjuicio. Sin embargo, tenemos todavía, y siempre por escrito, la confesión de su falta, y con tal documento.... Llegamos á la duquesa de X....

—Esa bien vale la pena,—dijo la señora de Fontenay.

—Tú la conoces aún mejor que nosotros, mi querida Prudencia (dijo Montbarán); hablemos de ella mientras descansa el Marqués. Esta larga reseña que nos ha hecho ha debido fatigarle.

Sin responder una palabra, de Arnage se dejó caer en su diván, mientras que Prudencia de Fontenay, aprovechando la invitación de Montbarán, se expresaba de este modo:

—Yo había encontrado muchas veces á la bella Duquesa en el Bosque, en la Ópera y en los *salons* de la Comedia francesa, á los que no faltó nunca, y allí se hacen bien estas observaciones teniendo un buen lente. La Duquesa se encontraba siempre festejada, rodeada y obsequiada por una turba de adoradores. Tomé mis notas; se me había dicho que era un armiño para la virtud, y su marido un oso feroz, que la estrangularía á la menor sospecha.... Vamos con tiento. Si cayese, ¡qué triunfo para *las corbatas*

blancas! Un día, merced á mis frecuentes recepciones, á mis magníficas *soirées*, que me ponían en relación con todo el *demi-monde* masculino, supe por uno de ellos que la Duquesa buscaba una profesora de italiano. Entonces me dije: Rachel, á quien no hemos lanzado todavía al mundo, y que permanece desconocida en el apartado retiro donde la colocamos, habla el italiano tan bien como el francés, y ninguna puede encargarse de este negocio mejor que ella. Dicho y hecho. La recomendé eficazmente á mi amigo, quien lo hizo del mismo modo con la Duquesa. Supo agradar, entró á desempeñar su cometido, y descubrió, por fin, lo que nadie hubiera podido sospechar. Unos amores clandestinos, de los cuales me dió parte al momento, arrancándola con no poco trabajo sus confidencias, porque esta niña tiene á veces escrúpulos inexplicables.

—¡Yo la enmendaré! (dijo de Arnage.) Á pesar de que creo que mi lección de esta noche le habrá aprovechado bastante.

—Me puse acto continuo en campaña (continuó la señora de Fontenay), y logré por fin descubrir el nido encantador donde, en un retirado cuartel de París, la Duquesa ocultaba sus debilidades. Á fuerza de destreza y astucia logré penetrar en el apartado nido y hacerme dueña de toda una correspondencia amorosa que el afortunado amante no había tenido valor para quemar, y

que creyó más segura estando oculta en aquel asilo ignorado de todos, que en su habitación. Con aquellas cartas, todas pruebas de estos amores ya antiguos, nos hemos hecho dueños de la Duquesa. Ahora, dispensad una expresión vulgar, «hemos matado dos pájaros de un solo tiro». Por un lado comprometemos á Rachel para tenerla bien sujeta, y hacer que permanezca bajo nuestra completa dependencia, logrando por este medio reembolsar cuanto habíamos desembolsado. La idea que inculqué en su espíritu de ataviarse una noche con los diamantes de la Duquesa, germinó, creció en ella, y al fin se decidió. Se creyó que los había robado, cuando no había hecho más que tomarlos prestados. Se la fué á detener...; pero por otro lado yo había hecho mis gestiones cerca de la Duquesa. La hice saber que tenemos armas poderosas contra ella. La Duquesa tuvo miedo de perder á su amante y miedo á la vez de su marido, y el temor la hizo pasar por cuanto queríamos, y más tarde pasará por cuanto queramos. He aquí la historia. ¿Está bien contada?

—¡Á las mil maravillas! —dijo Montbarán, que tenía mucho por que ser perdonado.

De Arnage, de pie y delante de la chimenea, dijo:

—El inventario de la sociedad está hecho. Tenemos presente en la imaginación su historia

hasta el día; todo su pasado. Ocupémonos ahora de su porvenir.

XIX.

Prudencia de Fontenay, acostumbrada desde hacía mucho tiempo á aquellas largas veladas, en las que se discutía hasta la mañana los intereses de la sociedad de *Las corbatas blancas*, tenía siempre la costumbre de dejar colocado sobre una mesa, en un rincón del salón, todo lo necesario para tomar el té. Aquella noche, viendo que la discusión se prolongaba, puso ella misma el fuego á la lámpara de espíritu de vino, hizo hervir el agua, y ofreció al marqués de Arnage una taza de te, al mismo tiempo que, con acento dulce, le dijo:

—Nos habéis prometido, querido Marqués, hablarnos acerca del porvenir de nuestra sociedad.

—Ese porvenir (contestó de Arnage, que había tenido tiempo de reflexionar mientras que la señora de Fontenay llenaba sus deberes de dueña [de casa] puede ser más brillante que lo ha sido jamás, si, en lugar de explotar solamente, como hemos hecho hasta aquí, á los corrompidos, á los viciosos, á las gentes que faltan

á su honor y á las mujeres culpables, somos bastante hábiles, nos sentimos bastante fuertes para atacar á los verdaderos criminales.

—¿Á los verdaderos criminales? ¿Eso sería productivo?—preguntó con candidez la señora de Fontenay.

—Me extraña, querida amiga (dijo el Marqués con acento firme), que me hagáis vos semejante pregunta. Nadie lo sabe mejor que vos, que ha podido vivir largo tiempo...., y vivir bien...., á expensas de un hombre que, en una hora de arrebató y de locura, tuvo la desgracia... de matar á uno de sus semejantes.... Suponed que vos os hubierais dicho.... «Montbarán no labra mi felicidad.... Puesto que ya he renunciado á él, ¿por qué no he de explotar á uno de esos muchos criminales que siempre logran escapar á todas las asechanzas de la justicia?» Hoy sería colosal vuestra fortuna.

—¿Lo creéis así?

—Seguramente. Se comete un crimen. Seguidamente los noticieros de los periódicos entran en campaña, mucho antes que la policía y la justicia. Con frecuencia suelen estar mejor enterados que los mismos autores. Un antiguo Jefe de seguridad, el señor Macé, reconoce esto mismo. Y se comprende: ellos se entremeten, preguntan, y se hacen simpáticos. Hacen, como suele decirse, causa común con los agraviados,

y se dejan llevar de la corriente. Los magistrados, por el contrario, imponen, intimidan, acobardan; se comprende que concluyan por inspirar temor hasta á los más honrados. Temen que se les confunda con los criminales, se les acuse y se les detenga.

»Bien reconstruido el crimen, se reflexiona, se pesan uno por uno todos los detalles, y se procura formarse una opinión absolutamente contraria á la de la justicia.... Y es claro: alguna vez se acierta, puesto que al encontrar señal de que se sigue una pista falsa, es necesario tomar otra.... La mayor parte de las veces se engaña uno, lo confieso; esas pesquisas, esa especie de proceso íntimo, no obtendrán mejores resultados que el proceso oficial.... Pero si por casualidad no se equivoca uno, si se da con el verdadero delincuente, se le dice: «Hijo mío, partamos las »ganancias, ó hago que te prendan. Dame la mitad, ó te quedas sin nada. Recompénsame las »fatigas que he pasado para encontrarte y mi »gran habilidad, ó te llevo á presidio, y acaso al »cadalso». Un discurso así tiene probabilidades de buen resultado, y eso es lo que yo llamaré el gran timo.... ¿No sois los dos de mi opinión?

—No del todo (dijo Montbarán); la mayor parte de los ladrones se escapa; pero es difícil que la justicia no encuentre al autor de un asesinato algo notable.

—¡Oh! ¡Oh! (contestó el marqués de Arnagè.) Mal momento escogéis para hablar así.... Difícilmente se os creerá.

—Es cierto; pero no todos los crímenes se aprovechan. Se asesina por celos, por venganzas.... Y en esos casos, ¿qué participación podemos esperar?

—¡Qué niño sois para vuestra edad, querido! Felizmente estoy yo aquí, y puedo guiaros. ¿Por qué no ha de ser rico, muy rico, un hombre que se vengue?... Si adivináis su secreto, os vais á él, y le decís: «¿Tenéis empeño en ser denunciado á la policía? ¿en que ella se mezcle en vuestra vida, y en que se vea precisada á dictar un auto de prisión, como hará de seguro si le damos vuestro nombre? No, ¿no es verdad? Pues entonces, ¿qué nos dais á cambio de nuestra discreción?

—Bueno; pero si el hombre de quien se trata es un hombre valiente y resuelto, que, en vez de confesar, echa mano á su revólver y nos quita de en medio á vos ó á mí....

—Por eso es necesario ponerle enfrente otro valiente como él,—respondió el Marqués.

—Pero no le tenemos (dijo la señora de Fontenay); hasta ahora siempre hemos obrado nosotros mismos.

—Eso es precisamente lo que no debemos hacer en adelante. Concluiremos por no compro-

meternos en nada, para no quemarnos al jugar con el fuego..... Además, que para las nuevas operaciones que medito, nosotros no servimos.... Respecto á mí, únicamente lo que puede servir es la cabeza. En cuanto á Montbarán, por más que tenga pretensiones todavía, me permito dudar de su vigor. No nos hagamos ilusiones, amigo mío. Los años no se pasan en balde.

—¡Pero si no tenemos á nadie!—exclamó Prudencia.

—¿Y el joven de esta noche?

—¿Roberto du Chatel?

—Sí. ¿No pensáis afiliarlo á nuestra sociedad? Habéis tenido bastante habilidad para traerlo á vuestro terreno. Se halla dispuesto á complaceros. Lo he estado observando; es joven, robusto, y en su mirada se deja adivinar el valor. Desconoce la vida, y se deja guiar por cualquiera. Además, es pobre, según me habéis dicho, y desea hacer fortuna. Esto es una gran ventaja.

—Querido Marqués (dijo Prudencia); os apresuráis mucho. Primero que yo consiga que ese joven se conforme á prestarnos su concurso....

—¡Bah! Os olvidáis de la hermosa Rachel.... En toda la noche ha dejado de mirarla. ¡Debe haberle producido indudablemente gran sensación! Lanzadla sobre él con habilidad, como sabéis hacerlo; enseñadle á la joven la lección.

Esta obedecerá seguramente. Antes de un mes, vuestro Roberto habrá perdido la cabeza, y obedecerá ciegamente á Rachel; es decir, nos obedecerá á nosotros.

—Si no le pedimos algo demasiado extraordinario.

—Podremos pedirle cuanto se nos antoje, porque sabremos comprometerlo, perderlo, como hemos comprometido y perdido á Rachel.

—Si se deja perder.

—Sí se dejará.... Por lo demás, amiga mía, y vos también, Montbarán, fijaos bien en mis palabras: Si queréis que continúen nuestras operaciones y que acrezcan en importancia, buscadme un auxiliar, un colaborador joven y robusto....: ese ú otro...., porque os advierto que si no lo encuentro, no sólo pelagra la asociación de *Las corbatas blancas*, sino que nosotros personalmente nos encontramos muy amenazados.

—¿Qué quiere decir eso?—preguntaron á la vez la señora de Fontenay y Montbarán.

—Pues quiere decir que corremos serios peligros.

—¿Cuáles?

—Armando Le Forestier vuelve á entrar en campaña; continúa buscándonos; lo sé de seguro, lo veo, lo presiento.... No olvidéis que ha jurado vengar á su madre, que es tenaz y resuelto, y que dispone de recursos inmensos. El

año pasado llegó hasta á ofrecer cien mil francos á uno que ha sido polizonte, para que le ayudase en sus pesquisas. El polizonte, que me conoce, porque tengo amigos hasta en el infierno, vino á pedirme que lo presentara en algunos círculos de París, para estudiar las fisionomías y establecer una especie de vigilancia.... Yo mismo le acompañé por todas partes.... Armando Le Forestier no se cansa, no se cansará jamás; os lo aseguro, y á fuerza de perseverancia y de tenacidad puede llegar á conseguir su objeto.

—¿Y la prescripción? —dijo Montbarán.

—Nos protege, desde el punto de vista legal; pero no nos protege contra él. Nos salva de ir á presidio, pero no nos salva de una puñalada.

—¿Creéis que?....

—Creo que os mataría como á un perro, querido Montbarán, si supiese que sois el asesino de su madre.

—¿Y vos?

—¡Yo! Yo prefiero, á pesar de mi inocencia, no exponerme á sus furores, y precisamente por eso necesito un aliado, un defensor joven, vigoroso, valiente y leal por necesidad.

—¿Cómo podrá defendernos?

—Atacando, que es la mejor manera, y librándonos de nuestro encarnizado enemigo.

—¿Queréis que lo mate?

—Para que él no nos mate á nosotros....: ¡pues es claro!

—¡Un crimen! No lo consentiré, — exclamó Prudencia asustada.

—¿Quién os habla de crímenes? Un duelo afortunado puede bastar.... Vaya, concluyamos, que son las cinco de la mañana, y es hora de que cada mochuelo se retire á su olivo. Meditad sobre lo que acabo de decir; pronto volveremos á vernos, y no olvidéis, sobre todo, á Armando Le Forestier. Os aseguro que es peligroso. Y bien sabéis que no soy de los que se asustan por cualquier cosa.

XX.

Mientras los cómplices que el señor de Beuvret tuvo en otros tiempos tramaban nuevas infamias, él vivía solo con Clara en su retiro de Auteuil. Era éste una casita tranquila, modesta, tal vez algo pequeña, pero lo suficientemente capaz para dos personas, que no tenían más que una criada. Hallábase rodeada de solares en venta, y separada de ellos por un jardincillo. Desde los balcones del único piso que tenía alcanzaban á ver á lo lejos el Bosque de Bolonia, y más cerca la vía férrea, por donde pasaban y cruzaban á